

bia algunos fanáticos de veras, uno de ellos el anciano abad, que disimulaba por miedo los desmanes de sus súbditos.

Usted, señor cura, no puede figurarse lo que era un convento como aquel y otros muchos que habia en Madrid y en toda España.

Allí se jugaba, habia pendencias que terminaban á puñalada limpia y luchas sangrientas en que el vencido moria ó tenia que variar de convento.

—Con que, segun eso, ¿es cierto lo que dicen los enemigos de la Iglesia?

—¡Pobres gentes, señor cura! ellos no han dicho casi nada; ¿qué sabian de estas cosas?

El convento no tenia buena fama: padres y maridos que tenian mujeres jóvenes y lindas, sacerdotes que vivian con amas de buen trapío, todos nos temian. Nuestra táctica consistia en visitar á las confesadas, entrometernos en sus asuntos domésticos hasta que llegábamos á dominar por completo y no se daba un paso sin nuestro permiso, ni se casaba la hija, ni emprendia carrera el hijo (muchas veces nuestro) ni se gastaba un real sin nuestro beneplácito. Así preparábamos las herencias, recogíamos misas y limosnas para la casa y dinero para nuestros gastos y peculio particular.

El mal era que los tales Basilio se excedian hasta el escándalo.

Habiéndome captado tambien las simpatías de los disolutos, que estaban en mayoría, desempeñé comisiones delicadas en amores é intereses; arreglé testamentos; inferné ó pacifiqué familias y tomé parte en todo género de intrigas.

—¿Y á qué se debe su arrepentimiento de hoy?

—A las dudas que vuelven á asaltarme. Soy viejo y me veo molestado, á pesar mio, por un gran temor á la eternidad.

He sido cómplice en despojos de menores, en calumnias contra familias ó conventos rivales nuestros, he procurado por todos los medios aniquilar al que se nos ha puesto delante, y sobre todo, he sido muy aficionado á las mujeres. No he respetado casadas ni solteras, he aconsejado que arrojen los hijos á la inclusa, y más de una vez he procurado abortos. Son varias las doncellas que he corrompido, tanto seglares como... religiosas.

—¿Tambien las monjas?

—Era nuestro recurso cuando no habia otra cosa.

—Pero ¿cómo lograban ustedes introducirse en los conventos?

—Por la mina. Nuestro monasterio se comunicaba con otro de benedictinos que estaba al final de la calle de San Bernardo, y hoy es cárcel de mujeres, y con dos conventos de monjas, uno ya demolido. Esto era ya moneda corriente en aquellos tiempos. ¿No recuerda Vd. que desde las monjas de Santa Teresa, una mina conducia á la casa de capellanes de las Salesas, y que hace poco se descubrió otra desde el antiguo convento de los Mostenses hasta el de Capuchinas...? Pues toda poblacion donde habia frailes y monjas estaba minada.

A poco de la exclaustacion, y más tarde, cuando se hizo en Madrid el alcantarillado, pudieron ver muchos, no sólo estas vías subterráneas, sino los misterios que encerraban los conventos: hombres emparedados, horribles calabozos, donde quedaron

olvidados instrumentos de tortura, esqueletos emparedados y huesos de niños recién nacidos ó muy pequeños: esto ya se vá olvidando.

—Pasen los vicios; pero, francamente, los horrores de la sangre me estremecen.

—¿Qué remedio? Todo era lógico. Gozábamos fueros irritantes; nadie podía penetrar en nuestras casas; todo nos favorecía; éramos ricos, temidos y hábiles, ¿qué había de suceder?

Cuando en mi convento pudimos vencer á los hipócritas, que quedaron reducidos á unos cuantos viejos, supimos que el abad trataba de pedir auxilio al general y llenar la casa de monjes austeros traídos de otros conventos de nuestra órden. Entonces nos reunimos en consejo, y tras larga discusion, acordamos que el abad... fuese asesinado...

—¿Y se consumó el crimen?

—Al día siguiente, cuando el anciano volvía de su paseo vespertino acompañado de un hermano suyo seglar que lo dejó en la puerta del convento, á tiempo que subía la escalera, el monje á quien tocó la suerte, le dió de puñaladas.

—¡Horroso! ¡inícuo! exclamé realmente afectado.

—El tal fraile era sacerdote, y despues ha sido obispo y ha muerto tranquilamente. Al día siguiente el abad estaba en su féretro, la comunidad muy grave cantaba el oficio; ¿quién había de figurarse que aquel negro hábito ocultaba las heridas y que el asesino oficiaba revestido con sagrados ornamentos? (1)

(1) Histórico.

Desde entonces la disolucion ya no tuvo freno. Los viejos, atemorizados, callaban y se ocultaban en sus celdas. Lo que antes exigia ciertas precauciones, ahora se hacia descaradamente; yo mismo no habia imaginado nada semejante á lo que hacia un fraile de gran talento y endiablada imaginacion que era á propósito para las mayores diabluras.

ORGÍA MONACAL

Poco despues de muerto el abad y de elegido uno de los nuestros muy ignorante y grosero, ganamos un pleito de gran cuantía gracias á nuestras influencias. Al mismo tiempo las monjas, nuestras vecinas, recibieron una cuantiosa herencia.

—Esos acontecimientos deben ser celebrados, dijo el padre Rodrigo, que era el travieso inventor de maldades. Y en efecto, se dispuso una orgía mónstruo.

El gran salon alto que daba á lo interior estaba adornado por mí, siguiendo el plan de aquel monje. Treinta sillas rodeaban la mesa, puesta al estilo de los potentados: luces, aparadores, divanes, perfumes y cuanto puede excitar y halagar los sentidos, todo estaba allí en órden. En el testero principal un gran armario cerrado con su mesa delante en la que habia dos candelabros, ocultaba algo que no me quisó enseñar el maldito monje.

Cuando la comunidad observante se hubo acostado, á eso de las diez, entramos todos en el salon ya iluminado. Aún no habíamos tomado asiento, cuando un ¡viva! se escapó de todos los labios: 15 monjas jóvenes en su mayor parte, jamonas muy

aceptables algunas, entraron en la sala vestidas con sus hábitos y tomaron asiento, eligiendo cada una su compañero.

Acababan de llegar por la mina.

Dió principio la comida, servida por dos legos y una lega, todos de confianza. Aún no terminado el primer plato, apareció un nuevo personaje; un fraile dominico que vestia con elegancia su hermoso traje, era un inquisidor de los más rectos y terribles; una de aquellas monjas era su... confesada.

—Santo Domingo saluda á San Basilio, dijo estando en pié en el umbral, y se asocia á su alegría.

—Adelante, gritaron todos á una, y no se hable más de santos donde están los elegidos del placer y la verdadera dicha.

El fraile tomó asiento al lado de su amiga y la fiesta continuó. Al principio no se oía más que el ruido de las mandíbulas y alguna que otra ocurrencia celebrada con risas; pronto la animacion fué general.

Las luces brillaban produciendo variados cambiantes en la plata de la rica vagilla ó en las copas llenas unas de vinos rojos y otras de color de topacio.

La orgía fué poco á poco acercándose á su período álgido, los brándis más impíos se sucedian y eran acogidos con carcajadas y choques de los vasos.

—¡Por los tontos que nos enriquecen! decía uno.
¡Por el exterminio de los curas! El dominico se levantó y rodeando la cintura de su confesada, una monjita gruesa y redonda, con los ojos de fuego, dijo: «brindemos por el misterio de la Encarna-

cion... humana», y ambos apuraron el contenido de su copa entre aplausos y vivas.

Desde aquí dió comienzo el desenfreno; las parejas se miraban con ardor creciente. Las manos empezaban á extralimitarse y los rostros se iban acercando: no sé de dónde salió el ruido de un beso y luego el de ciento. Un monje iba á tomar la copa para brindar, pero el diabólico Rodrigo le detuvo diciendo:—Espera, es ya hora de brindar como verdaderos despreocupados, y dirigiéndose á los legos: ¡muchachos! dijo, sacad esa plata.

Abrieron un arca muy grande en que nadie había reparado, y en un instante sacaron de allí... los vasos sagrados: la mesa se llenó de cálices y copones de plata y oro, sencillos unos, verdaderas obras artísticas los más. El vino circuló, y cuando el fraile intentó brindar, fué de nuevo interrumpido por mí.—Para brindar, exclamé, con esas copas, y que este festín sea realmente babilónico, es necesario que nos vistamos las ropas sagradas.—¡Bien pensado! gritaron, y al poco rato ostentábamos todos, hombres y mujeres, cuál una casulla encarnada, cuál una dalmática verde, este una capa pluvial blanca riquísima, aquella una planeta morada de terciopelo y oro; el conjunto era magnífico, sorprendente, rico de luz y colorido. Entonces el fraile, con un copon en la mano, dijo: brindo por la divina Eucaristía, el dios Pan que tantos vagos engorda... El choque de los cálices produjo un ruido argentino y armónico en demasía.

—Mejor haríamos en brindar por el purgatorio, mina de oro inagotable, sin la cual el dios Pan no sería tan venerado—gritó una monja, teniendo en

la mano el cáliz, que apuró de un trago, despues de chocarlo con todos los demás.

—No hay que despreciar á la oblea sacrosanta, dijo el P. Rodrigo, porque está ahí; pronto aparecerá entre nosotros.

—¿Qué dices? tronera, le gritaron algunos.

—Que os preparaba una sorpresa que no merecis, imbéciles; ved y admirad mi ingenio; y al decir esto, abrió las puertecillas del armario, y apareció bajo un dosel, la custodia, y en ella el viril con la santa forma...

El estupor fué grande y luego una carcajada general acogió aquella diabólica sorpresa.

—¡Ahí lo teneis! lo he sacado de su estrecha prision del sagrario para que tome parte en la fiesta, ya que nos proporciona tantos bienes. ¡Miradlo qué blanco es! Sea, pues, el blanco de nuestra alegría como lo será de la rechifla de las venideras generaciones, que se admirarán de que un dia la humanidad haya sido tan necia... Entonces los comensales, acogiendo en los ya turbados cerebros la idea del blanco, empezaron á arrojar al viril huesos de aceitunas y de otras frutas, cortezas de naranja y residuos de la comida, en medio de una ruidosa algazara.

—Increible me parece tamaña profanacion.

—La cosa no paró aquí; olvidamos el viril para acordarnos de más viriles ocupaciones. Medioébríos y sin respeto alguno, cometimos las mayores profanaciones allí ante el sacramento. Unos ródando por el suelo, otros en los sofás, arrimados á las paredes ó recostados en los sillones, perdimos todo pudor: ¡espectáculo abominable! las ropas sagradas y las

monásticas se plegaban dejando ver las carnes; aquello duró largo rato hasta que las luces fueron apagándose...

—Ese es el mayor pecado de toda su vida, hijo mio.

—Nunca me arrepentiré de él lo bastante; pero no lo puedo remediar, siento más dolor por mis pecados contra el prójimo.

—¿Y cómo acabó aquella cena infernal?

—Más impiamente que Vd. puede imaginarse. Estaban ya casi todos por el suelo cuando aparece el padre Rodrigo, que se había ausentado un instante, dejando á su pareja en el suelo, con las carnes mal cubiertas por el hábito: venia tambaleándose, la capa pluvial de tisú de oro, torcida, una mitra en la cabeza echada hácia atrás, en una mano una botella y en la otra una pistola.

—¿Qué traes ahí? le dijeron balbuceando algunos; mira lo que haces, ¡borracho!

—Yo puedo tenerme ¡cobardes! prestadme un momento de atencion.

La sala estaba ya medio á oscuras, sólo ardian tres luces delante de la custodia; en la sombra se veian los bultos de los convidados acá y allá, el suelo lleno de botellas, platos, copas rotas y muchos vasos sagrados: un lego roncaba abrazado á la lega rolliza que le habia ayudado á servir la mesa. ¡Atencion he dicho! gritó con voz avinada y tambaleándose á su pesar. Mirad esa custodia, en ella está el Dios de los crédulos: dicen que su ira no tiene igual y sin embargo, ha visto cómo hemos conculcado toda su ley... ¿digo bien?... ¡Vaya.... un Dios! ni un milagro siquiera... ¿sí? pues yo le tra-

taré como se merece... y encarándose con la custodia dijo algo más firmemente:—¡Dios de farsa! que no te has atrevido á confundirnos, yo te desprecio y quiero ser el primero que te trate como mereces, ¡¡toma!! y apuntando, en medio del estupor general disparó contra el viril.

Al estampido de la pólvora se mezcló el ruido de los cristales de la custodia hechos pedazos, y nada más se oyó; el fogonazo apagó las luces, el fraile cayó al suelo y pronto no se oyó más que el ronquido de todos aquellos borrachos que dormían en la oscuridad

Al día siguiente, los fieles que entraron al abrirse la iglesia y los que pasaban por delante de ella, todo lo veían en orden y, al escuchar la solemne salmodia, decían muy ajenos de lo que había sucedido:

—La verdad es, que aunque tengan sus defectos, los monjes sirven al Señor mejor que nadie en el mundo.





EPÍLOGO

De este modo se confiesan los católicos. En estos relatos nada hay de artificial, ni aún el estilo; los fieles hablan al confesor con cierta incoherencia y dureza, propia de la turbación que todos sufren, poco ó mucho, y de las vacilaciones y combates que van librando consigo mismo, aún los más acostumbrados, mientras hablan. Todo ha quedado, pues, como es en realidad; porque repito, que no he intentado impugnar creencias, instituciones ni personas, ni inculcar á nadie principios determinados, ni mucho ménos presentar, como buenas, las ideas ó los hechos de cada penitente de los que aquí figuran, ó buscar solución á los problemas que plantean. Me basta para mi intento relatar lo que he escuchado, no sin extrañeza y asombro algunas veces.

Y téngase presente que sólo trascibo aquí las confesiones de las buenas gentes vulgares del pueblo ó de la clase media y de las últimas capas sociales del mundo eclesiástico; imagínese ahora lo que en un libro que tratara de *La direccion espiritual*, podría decir al referir los pecados, me-

por aún los crímenes enormes que son moneda corriente en altas regiones.

Estos son los frutos que dá el árbol de la confesion auricular.

La Iglesia no tiene en cuenta las controversias que ha motivado y los escándalos que continuamente produce, ni parece fijarse en el estado de las conciencias cada vez más desviadas del confesonario: los hechos nada le dicen. Á pesar de que recomienda, fiel á su recrudescimiento del misticismo, la confesion frecuente, es cada dia menor el número de los que practican la anual, como lo prueba la estadística de las parroquias. Cada año disminuye el número de papeletas de comunión distribuidas. El mundo de la comunión frecuente es muy reducido, y se compone casi exclusivamente de mujeres. Entre los que se confiesan pocos lo hacen bien; la mayor parte, como se ha visto, manifiestan cien pecados ajenos por cada uno propio, y eso atenuando de mil maneras la gravedad de los hechos en ese juicio incompleto en que el juez sólo oye á una parte propensa á excusar sus faltas agravando las ajenas por ignorancia ó por malicia. Los que se enmiendan son ménos aún que los que se confiesan, y, en cambio, todos los dias vemos una multitud de hombres honradísimos que no se confiesan, y son cien veces mejores esposos, padres, hijos y ciudadanos que los penitentes más asíduos. Hé aquí el argumento más terrible, si no lo fuera tambien ese sordo murmullo de quejas de los padres, cuyas hijas han sido seducidas ó arrancadas del hogar, de las familias empobrecidas, de los jóvenes arrastrados á tomar parte en lucha fratricida, y de los que ven sus hogares turbados por eternas di-

visiones. Ya sabe todo el mundo que el clero apenas practica la confesion, y para administrarla, suele apartarse de ciertos procedimientos de que no se valen ya más que los jesuitas, los frailes y todós los hipócritas, sus imitadores: ¡hasta entre el clero vá perdiendo terreno la confesion! ¿No sería permitido suponer que, así como el desuso y el descrédito mataron la confesion pública, proscribiesen tambien la auricular? ¡Quién sabe las trasformaciones que aún sufrirá el catolicismo, aunque la Iglesia se empeñe en estacionarlo, como si estuviese empeñada en su ruina, dejándole arrollar por la fuerza de la razon humana muy próxima cada dia á verse libre de las antiguas trabaş, emancipada y dueña de sí misma!!



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
ADVERTENCIA DE LA QUINTA EDICION	5
DEDICATORIA.	7
PREFACIO.	9

PRIMERA PARTE.—EL PUEBLO

El pueblo.	25
En presidio ó consecuencias de la confesion.	27
¿Traicion ó justicia?	34
No quiero tener hijos.	42
El catolicismo y la prostitucion.	51
Profesora en partos.	60
Tengo una amiga.	67
La penitente solicitada.	71
Donde ménos se piensa.	75
Los piadosos buscones.	79
Estrella doble.	86
¿Robo ó compensacion?	94

SEGUNDA PARTE.—LA CLASE MEDIA

La familia cristiana.	101
La madre.	102
La cenicienta.	111
La hija menor.	120
La criada.	128

El Benjamin	135
El padre de familia.	
El catolicismo conservador.	146
El ódio á la demagogia	148
Devaneos de un hombre de órden.	152
San funcionario el Buen Ladron.	157
Juicio severo.	158
La doncella cristiana.	163
El sacerdocio de la ciencia.	171
Incesto y Derecho canónico.	180
La balanza de Themis.	191
El órden público.	200

TERCERA PARTE.—EL MUNDO ECLESIASTICO

El sacristan.	213
Los falsos sacerdotes.	223
La conciencia de los curas.	235
Los confesores.	
Mis observaciones.—Los jesuitas.	243
El Místico y el cuco.	248
El confesor de monjas.—El obsceno.	250
Las beatas.	255
Los ángeles de la tierra.	
El Noviciado.	263
El hospital.	266
Amor y misterio.—La recoleccion.	270
El octavo no mentir.	279
Manolito ó la Pentápolis	285
Los bienes nacionales	292
La santidad del claustro.	
Iniciacion.—Virtudes monásticas.	296
Orgía monacal.	302
Epilogo.	308







